

# DÍAS DE PANDEMIUM

A una mente luchando contra la pandemia  
solo le queda su imaginación

JULIÁN GUTIÉRREZ CONDE



**KOLIMA**  
**BOOKS**

Título original: *Días de Pandemium.*

*A una mente luchando contra la pandemia solo le queda su imaginación.*

Primera edición: Octubre 2021

© 2021 Editorial Kolima, Madrid

***www.editorialkolima.com***

Autor: Julián Gutiérrez Conde

Dirección editorial: Marta Prieto Asirón

Maquetación de cubierta: Sergio Santos

Maquetación: Carolina Hernández Alarcón

ISBN: 978-84-18263-90-3

Depósito legal: M-27308-2021

*Impreso en España*

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares de propiedad intelectual.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*A mi querido amigo Jose, compañero entrañable desde los años de colegio. La muerte de un amigo deja una cicatriz profunda. Te nos fuiste, dejando la huella de una voluntad dispuesta a ayudar siempre. Nos abandonaste de forma inesperada; igual que esos otros miles de muertos innecesarios que nos dejaron en soledad por un maldito virus arropado con irresponsabilidad y desidia.*

*Descansad en Paz*



## IN MEMORIAM

José Francisco de Medina Ruiz, querido amigo.

Iniciamos nuestra amistad de adolescentes en el colegio y la asentamos durante la juventud; muchas veces junto a tu guitarra y mi armónica cantando en algunos festivales o ensayando en tu casa con tus numerosos hermanos correteando alrededor.

Llevabas tu vocación por la Medicina en lo más profundo y nunca dejaste de anteponer el cuidado a los tuyos antes que a ti mismo.

Nuestra amistad se acrecentó durante la madurez, manteniendo interesantes conversaciones mientras dábamos largos paseos que, a veces, acabábamos frente a unas tapas, que tanto solía gustarte.

Nunca dejaron de sorprenderme la profundidad de tus matices y tu permanente voluntad por tratar de comprender la esencia de la vida.

Mis libros, no solo te interesaban y los leías, sino que te los estudiabas, lo cual nos conducía a intensos debates. Tú en todo momento buscando en lo más profundo, algo que, como simple navegante por la vida, me descolocaba. Pero ese contraste nos divertía y, con sentido del humor, siempre acabábamos riendo y con un amistoso abrazo.

Recuerdo una de las últimas veces paseando por los bulevares de Ibiza y Saiz de Baranda en que me contaste muchas historias de tu familia. Fue un día muy grato.

En nuestra última conversación telefónica me dijiste:

—No me encuentro bien, Julián, tengo molestias en una pierna y estoy preocupado.

Sabiendo la calidad de tu instinto médico te dije:

–No lo dejes y vete a urgencias.

–Sí, eso voy a hacer –respondiste convencido.

Estábamos ya, aún sin saberlo, inmersos en la terrible y desconocida Pandemium.

Ya ingresado, desde ese día mantuvimos al menos dos contactos diarios por Whatsapp; uno en la mañana y otro al finalizar la tarde.

Recuerdo algunos de tus mensajes.

–¿Qué está pasando? ¿Por qué no nos atienden mejor?

Estabas sufriendo en tus carnes el desbordamiento y el desconcierto sanitarios.

Luego hubo otros en que te mostrabas confuso o preocupado, como cuando me dijiste:

–Me llevan a la UCI.

En otro posterior, animado y esperanzado:

–Me trasladan a planta.

Y lo celebramos entre los amigos que seguíamos diariamente tus comunicados, enviándote un vídeo en el que te hacíamos llegar nuestro cariño y ánimo. Estábamos todos convencidos de que pronto saldrías.

Hubo uno que a todos nos conmovió:

–Os quiero –nos decías simplemente.

Nos diste ánimos e hiciste sentir orgullosos. Te mostrabas optimista.

Y después, el trombo que intuías te atacó a traición. La noticia fue un mazazo incomprensible e inesperado.

Me quedé frío; gélido entre entrañables recuerdos.

Pensé en lo que tu mente, durante el asedio de Pandemium, habría imaginado para liberarse de los diferentes estados de ánimo en que te hubieras tenido que ver sumido.

Y así nació este «Días de Pandemium» que, en parte, eres tú, apreciado e inolvidable amigo.

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
EL BOFETÓN.....	11
LA SOLEDAD.....	17
EL ESPEJO.....	21
GUTANTOST.....	25
VIAJE Y CAMINO.....	29
LO QUE TUVE.....	33
EL VALOR.....	39
LA CALMA.....	45
BUSCANDO MI SOMBRA.....	49
EL HALCÓN.....	53
HIBERNACIÓN.....	57
SOSIEGO.....	59
EN EL HOSPITAL.....	65
EL MAESTRO.....	69
DESCÚBRETE A TI.....	73
LAS TRES ASPAS.....	77
DOS INTELIGENCIAS.....	81
COMUNICANDO.....	85
ROMANCEANDO.....	89
GENEROSIDAD.....	93
NOCTAMBULISMO.....	97

INTENSIDAD.....	101
TRANSFORMACIÓN .....	105
PREDISPOSICIÓN .....	109
EL RECORRIDO .....	113
ENSOÑACIÓN.....	117
«ACAPARACIÓN».....	121
LA MESETA.....	125
CRISIS INESPERADA.....	129
ESTUPIDEZ.....	133
CAMBIO DE RUMBO.....	137
NOR-NORESTE.....	141
VUELO RASANTE.....	145
HASTA EL HORIZONTE .....	149
PASTOREO.....	153
EL ÚLTIMO ESLABÓN.....	161
EL DÍA DE LAS GENERACIONES .....	167
Y SIGUIÓ SU VUELO .....	173
SONIDOS DE LIBERTAD.....	177
GEMIDOS.....	179
EL VIAJE .....	183
REGENERACIÓN .....	189
FINAL	
LA VOZ DEL SILENCIO .....	193
EPÍLOGO .....	197
DÍAS DE ATURDIMIENTO Y CONFUSIÓN .....	201



## INTRODUCCIÓN

Este libro tiene algo de desbordamiento o locura, como corresponde a un cerebro tenso, angustiado y desorientado. Está escrito sin llevar un orden ni perseguir un fin, dejando transcurrir una aventura sin propósito.

Es un libro en el que la pluma ha volado sobre páginas y páginas en blanco y en el que los pensamientos surgen como un borbotón, a veces de contradicciones.

Es el libro de un sueño, en el que el cerebro se da cuenta de que no guía, ni pretende guiar, el orden de los pensamientos.

Swift, un simple vencejo, animal atractivo, hermoso y de curiosas costumbres y habilidades, aparece en un momento y acaba descubriéndose, sustituyendo y dando forma real a Gustantof, la Voz del Silencio; esa voz que retumba en tu interior y te acompaña.

Él me hizo ser consciente de mis, cada vez más escasos, pensamientos. Y fue mi compañía en medio de aquel tumulto.

«...Si no fuera una avecilla, que me cantaba al albor» dice aquel romance de quien se hallaba en prisión. Swift fue mi avecilla liberadora.

Este es un viaje mental realizado desde el estatismo más rotundo. Es un vuelo por la vida, precisamente cuando más se aprecia su valor.

El pasajero



## EL BOFETÓN

En que se relata cómo lo incomprensible aparece de modo inesperado en la vida

La sociedad volaba despreocupada, desnortada y a toda prisa. La vida, poco a poco y desapercibidamente, se había ido convirtiendo en un huracán.

Todo era como correr pendiente abajo. Por una existencia desquiciante que más y más te empujaba a dejarte llevar por una borrachera de ocio y placer que ofrecía compensaciones infantiles, absurdas y sin sentido.

Sin embargo, el esfuerzo para la supervivencia cada vez era mayor y sus peldaños más altos y difíciles.

Para andar el camino por esa vida no bastaba con ser persona; exigía tener la mejor cualificación y energía, aunque eso tampoco era garantía de nada.

La sociedad había diseñado y construido la Meseta de la Seguridad, lo cual había sido un avance sustancial en la historia de la humanidad. Era una planicie amplia y prometedora, pero de difícil y largo ascenso, por una empinada pendiente.

Alcanzar esa posición para la mayoría significaba asentarse en la Tierra Prometida; un lugar de confort y placidez, garantía de estabilidad.

Superar aquella senda requería esfuerzo, pero acercarse a ella y comenzar la aventura era una posibilidad abierta a muchos.

La gran mayoría decidía ascender y procuraba instalar en su base modestas tiendas de campaña o incluso algunas sólidas y confortables cabañas.

No todos llegaban a la parte superior de la meseta y algunos debían conformarse con quedarse a vivir en asentamientos modestos sitios a lo largo del camino.

Era una sociedad entusiasmada con el acomodamiento.

Pero aquellos tiempos apacibles y tranquilos se fueron complicando.

La sociedad vivía en medio de una turbulencia que, aunque desaforada, se esforzaba por mantener una imagen de normalidad.

¿Alguien puede entender que la turbulencia sea el modo natural de vivir y que así sea aceptado por la mayoría?

La velocidad era una especie de borrachera; una borrachera obligatoria.

Durante mucho tiempo, la aspiración mayoritaria era alcanzar esa Meseta de la Seguridad. Una meseta, placentera y confortable, donde no faltaba ningún capricho ni confort.

Por fin, la humanidad había logrado una situación de bienestar desconocida hasta ese momento. Un nivel que, ni siquiera en sueños, se había podido imaginar.

La Meseta de la Seguridad era deseada y ansiada por todos y era una aspiración a la que se podía llegar, aunque no sin esfuerzo.

Pero la senda, antes visible y accesible para muchos, se había ido distanciando y envuelto en tortuosas nubes.

La erosión la había, por un lado, desdibujado, y por otro, había eliminado los puntos de acogida intermedios que garantizaban cierta seguridad en el trayecto.

De hecho, algunos, desde esos asentamientos, hacían incursiones hacia la cúspide logrando acomodarse en zonas de pastos más fértiles y sabrosos, o lanzaban escaramuzas hacia la ansiada Meseta de la Seguridad. Eran los aventureros.

Pero más y más personas fueron llegando. Nadie se ocupó de hacer crecer esa meseta, que fue recibiendo cada vez mayor número de visitantes que se disputaban una pequeño espacio en aquel lugar. Así surgieron los codazos y la competitividad.

Aquella Meseta de la Seguridad se hizo más incómoda; tiempo después, vivir allí agobiaba. Y la avalancha seguía. Comenzaron las peleas por conseguir una parcela.

Empezaron a cobrar peajes para acceder por aquella ruta que se hacía cada vez más fatigosa y arriesgada.

Lo que al principio fueron accidentes aislados luego se fueron generalizando y, por el apelotonamiento, cada vez un mayor número de los que intentaban ascender empezaron a despeñarse. Algunos lograban frenar su caída y convertirla en un tropezón más o menos serio, pero otros caían irremediabilmente.

El ansia llevó a permitir comportamientos marrulleros. Al principio se encontraban con el reproche mayoritario y el castigo de las normas, pero luego el margen de tolerancia fue creciendo hasta aceptarse como normales. Y así, quienes competían con nobleza se fueron convirtiendo en marginales.

El «itodo vale!» comenzó a justificarse.

Comportamientos laxos y ventajistas se aceptaron como normales. Y cada vez más y más individuos se fueron plegando a esas actitudes. La conciencia interior se hizo acomodaticia ante la falta de principios orientadores.

En la senda hacia la Meseta de la Seguridad se produjeron movimientos sísmicos que fueron complicando el camino para los cada vez más numerosos competidores.

Muchos ni siquiera conseguían acceder al punto de salida, que, aunque se conocía como Senda, en realidad eran varias trochas, todas igualmente dificultosas.

De aquel alto porcentaje de la población que alcanzaba la ansiada y estable Meseta de la Seguridad se pasó a un tanto por ciento mucho más limitado capaz de asentarse. Y de unos pocos situados por los confines de la inseguridad, se pasó a una gran mayoría de asentamientos en los riscos de la inseguridad que cada vez resultaban más inestables.

Pero, además, aquella «carrera de multitudes» se había vuelto obligatoria. Y el agolpamiento era cada vez más imposible de evitar.

Ni siquiera los conformistas podían librarse de aquella locura imparable y sin sentido. La ansiedad formaba ya parte inevitable de la vida.

Igual que el ascenso resultaba más y más tortuoso, peligroso e inseguro, una fuerza cargaba los lomos de los viandantes con «mochilas de necesidades» de cada vez mayor peso y volumen.

No era racional, pero aquella «fuerza que tiraba hacia abajo» estaba asentada en lo más profundo de la sociedad y nadie podía liberarse del sistema. Estábamos metidos en una carrera salvaje por acumular.

Poseer, por inservible o superfluo que fuera, era como ese viento suave del desierto que modula la configuración de las dunas y es capaz de ponerlas en movimiento.

Cuando había algún momento de reflexión, todo aquel ajetreo de vida se hacía incomprensible y racionalmente se rechazaba, pero enseguida el ambiente desataba los impulsos y debilitaba la fuerza de voluntad para empujarla por la atractiva y deslizante pendiente del dejarse llevar y el capricho.

Pero la naturaleza quiso en un momento hacer su aparición e implantar su ley. La especie acostumbrada a dominar se vio sorprendida y sometida por una fuerza terrible, un enemigo invisible contra el cual no hacían efecto las armas convencionales.

Así fue como llegó aquel inesperado, insolente y trágico bofetón a los «amos de la prepotencia».

Y la vida cambió; las pendientes se hicieron más empinadas, y la propia Meseta de la Seguridad se agitó, haciendo tambalear hasta los asentamientos más sólidos.

Las caras se tornaron en expresiones de perplejidad y un aspecto bobalicón surgió en todas ellas, abatidas por el desconcierto ante lo ofensivo e incomprensible.

Los humanos nos topamos de bruces con nuestra fragilidad e insignificancia.

El bofetón estalló en los rostros de todos. Ni los mejor asentados en las cúspides de la seguridad consiguieron librarse del golpe. El pánico se apoderó de todos. La naturaleza no entendía de clases, ni de profesiones, ni respetaba prestigios, bondades o debilidades. Su avance era implacable.

Las lágrimas comenzaron a llenar un ambiente que hasta entonces, y pese a las dificultades, era festivo y de despreocupada algarabía.

Lo esencial, como necesidad básica, hizo su aparición, mientras que el sobrepeso de todo lo acumulado se agolpaba de forma casi ofensiva en estantes, vitrinas, armarios y baúles.

Y así comenzó ese silencio que nos vino en forma de pandemia.

